

LA IDEA

SEMANARIO REPUBLICANO

Sr. D.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Cuesta del Alcázar, 20.—Teléfono 133.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La correspondencia referente á suscripciones, anuncios, etc., debe dirigirse al Administrador. La política, literaria ó de redacción, se enviará al Director de este semanario.
Los originales que se nos remitan estarán firmados y no se devuelven, aun en el caso de no publicarse, y siempre bajo la responsabilidad de sus autores.

En Toledo, un trimestre.. 1'25 pesetas.
En el resto de España... 1'50 »
En el extranjero... 3 »
Número corriente..... 0'10 »
Idem atrasado..... 0'25 »
Anuncios y comunicados á precios convencionales.—Pago adelantado.

SUSCRIPCIÓN

Cumpliendo el ruego y deseo de la Junta Central de Unión Republicana, se admitirán en esta Redacción cantidades, por pequeñas que sean, destinadas á aliviar en algo la triste situación de la familia é hijos del ex diputado republicano de las Cortes constituyentes D. Francisco Rispa y Perpiñá, recientemente fallecido.

Redacción de LA IDEA, 1 peseta.—Tomás Gómez de Nicolás, 1 peseta.—Julián Huecas, 1 peseta.—Juan Merchán, 1 peseta.—Total, 4 pts.

DESPUES DEL HOMENAJE

España, el país ya clásico de los viceversas, es también el país de los extremos. En ninguno de los pueblos del mundo culto tiene tampoco mayor eficacia el espejismo histórico.

Y en lo extremado, hay siempre algo de violencia. Y las cosas que se violentan tienen poco de consistente, poco también de efectivas.

En España parece que tienen su campo apropiado las rebeldías extremas, si bien aisladas, y la extrema disciplina colectiva. Y nuestra disciplina, es la de pueblos de decadencia, tan escasos de *voluntad* como de valor cívico. Nuestras rebeldías, en el bien entendido sentido de la palabra, son, á más de aisladas, casi puramente literarias, desde luego no pasan de la esfera de la *intención*.

Los mismos extremos se dan, de patriotería y patriotismo. A raíz de los desastres de las colonias, todos, hasta nuestros políticos de turno, encenizadas las frentes, clamaron á una: «¡hay que cambiar de rumbo!» «¡por el camino del desastre no se va más que al desastre!» Maura, Silvela, Canalejas, nos hablaron de revoluciones jurídicas, de revolución desde arriba.

No se oían otras palabras que *regeneración*, *cambio de rumbos*, *vida nueva*. Hoy mismo no hay quien deje de reconocer que «esto está muy mal», que «esto no puede seguir así», que «en España no se gobierna».

Y no obstante, la cosa pública sigue en manos de la misma serie de ineptos, de fracasados empujados, colaboradores antes, continuadores después de la obra funesta, de aquellas otras figuras más grandes, pero no menos fracasadas. Todos somos protestantes de la actual situación de España; todos lanzamos nuestra reprobación airada contra los hombres del desastre. Pero llega la ocasión y buena parte de la turba de clamantes, acude solícita, presta su apoyo á

los incapaces probados, á la taifa caciquil sostenedora de la alta hampa, entre cuyas manos, como la sal en el agua, se disuelve España. Al bello sentimiento de solidaridad, á la pasión simpática del bien común, del interés individual reflejado del bien general, se superpone el sentimiento desapoderado de la conveniencia particular, ciega é innoble.... ¿Dónde está el patriotismo?

La patriotería bullanguera, superficial, hojarascosa, nos condujo al desastre; un patriotismo intenso, bien encauzado.... más claro, un patriotismo verdadero, nos hubiera conducido al estudio detenido de nuestra situación real; habría obligado á nuestra clase gobernante, alta y menos alta, al sacrificio, en el momento oportuno, del interés particular de algunos millonarios hacendados en Cuba y de unas cuantas entidades comerciales.

Y aparte de esto, ¿cómo era posible que aquella clase gobernante hiciese al pueblo español la revelación de que carecíamos de medios suficientes, de medios adecuados, de ofensa y de defensa, después de los trabajos y de los millones derrochados durante la Restauración? ¡No, no era posible! ¡La indignación general al vernos sin millones y sin barcos, hubiera podido hacer rodar el trono! ¡Había que mantener la ficción, la terrible ficción, á todo trance! ¡Había que ir al desenlace aun mediante la derrota, el desastre militar, aun á costa del honor y de la vida nacionales!

¿Ficción?... El pueblo, el buen pueblo no dudaba, no podía dudar que nuestra flota de guerra era casi tan poderosa, sino más, que las escuadras yanquis.

Y luego, los Estados Unidos, eran un pueblo nuevo, sin historia, hasta sin marina y sin ejército. ¡A dónde iba á parar Norte-América, país sin tradiciones guerreras, con un pueblo de nuestra historia militar!

Y sucedió lo que tenía que suceder. Los acorazados y los cañones y la puntería de los yanquis, eran cosa más positiva que la leyenda heroica de los españoles.

Yo acepto, yo adoro la leyenda, como leyenda, y si se quiere como verdad más ó menos depurada. Pero la leyenda como elemento impulsor, como elemento interno de vida, es la *ficción*.

Y el fruto de la ficción, ¿cuál puede ser? Por eso y en este sentido, aconsejaba Costa el grande, que se cerrara con siete llaves el sepulcro del Cid. Los cadáveres, las leyendas no ganan victorias. El discurso famoso de la Sra. Pardo Bazán, cerrando contra nuestra «leyenda dorada», tuvo de antipático y hasta de odioso sólo el haber sido pronunciado en París.

No es posible. La ficción.... la ficción y la insinceridad no pueden seguir siendo el alma del alma española.

Y no obstante, la ficción está nuevamente en pie. La ficción de transcendencia nacional, se levanta de nuevo, toma cuerpo y anda.

Yo no voy á discutir, yo no voy á regatear merecimientos al ilustre anciano, al hombre extraordinario. ¿Quién soy yo, insignificante, para discutir á Echegaray, y sobre todo, quién soy yo para discutirle ahora que acaba de ser consagrado indiscutible y hasta inviolable? Créole muy justamente otorgado, no ya por mitad, sino por entero, el premio Nobel. No es que yo crea ni deje de creer tampoco inmerecido el homenaje. Esto sería asunto á tratar aparte.

No es nada de eso. Es sólo cuestión de oportunidad y de significación.

Ha compartido con nuestro Echegaray su premio, el poeta Mistral.

El mismo premio entero de la sección «Literatura», en el turno anterior, le obtuvo Sully Prudhomme. Ningún francés habrá dejado de sentirse relativamente orgulloso de ello. Pero ninguno tampoco habrá concedido al hecho importancia mayormente exagerada. Nadie en Francia, sacando de quicio su significado ha dejado de considerar como cosa natural y corriente, el que un francés merezca reconocimiento ilustre de grandes méritos.

Sólo á los españoles nos estaba reservado el mostrarnos con el premio Nobel como «chiquillo con zapatos nuevos». Sólo nosotros hemos podido creer ó al menos hacer creer que juzgamos cosa extraordinaria, estupenda, casi inaudita, que un español haya podido merecer distinción semejante.

Se nos escapa, sin quererlo, para mostrarse al mundo, el sentimiento de nuestra inferioridad. Mejor dicho, de la inferioridad de nuestras clases directoras. De esa gran parte de nuestra llamada clase directora, tan bullente y hojarascosa como exenta de percepciones íntimas, de puntos de vista, de miras verdaderamente trascendentes.

Y no obstante se ha querido atribuir al hecho del homenaje una significación de transcendencia hasta para la psicología y la vida colectiva. Se ha pretendido hacer creer al pueblo español que hacía una cosa íntimamente inmensa, algo así como la reparación de grandes injusticias, algo así también como la afirmación definitiva, el principio positivo de un vivir nuevo. ¡Como si la hojarasca retórica y el acicate de la gloria ó de la vanidad literaria nos hubiera faltado alguna vez! La *ficción* intenta nuevamente tender sus alas sobre el alma nacional.

MAGDALENO DE CASTRO.

NOTA. Como el artículo resulta largo en demasía, dejamos la continuación para el número inmediato.